

Thomas Nagel: la rebeldía de la razón (Thomas Nagel: The Rebellion of Reason)

SANTIAGO COLLADO GONZÁLEZ

Grupo de Investigación “Ciencia, Razón y Fe” (CRYF)

Universidad de Navarra

scollado@unav.es

El título del último libro¹ de Thomas Nagel es abiertamente provocador. Y lo es no sólo por lo que dice sino, sobre todo, porque lo escribe un prestigioso filósofo que ha trabajado en filosofía de la mente, epistemología y filosofía política y ética. Ha publicado numerosos trabajos en las mejores editoriales y recibido no pocas distinciones. Con este volumen no ha hecho sino aumentar su bien ganada reputación de pensador ateo, incómodo y polémico.

Nagel asume que, en el ámbito en el que él trabaja, la corriente dominante de pensamiento es básicamente materialista. Dicho materialismo está sustentado, principalmente, por el dominio de las explicaciones darwinistas y por un reduccionismo fisicalista: “La teoría evolutiva moderna ofrece una imagen general de cómo la existencia y desarrollo de la vida pudo ser solo otra consecuencia de las ecuaciones de la física de partículas” (p. 47).

¹ Nagel, Thomas. 2014. *La mente y el cosmos. Por qué la concepción neo-darwinista materialista de la naturaleza es, casi con certeza, falsa*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Lo que en este libro reivindica su autor es la insuficiencia de dichas explicaciones y el carácter de lacra para el mismo progreso científico que tiene el materialismo. Para el *establishment* no causaría tanto disgusto este ensayo si su propuesta se contentara con ser una defensa de la alternativa teísta al materialismo. Se trataría entonces de asumir, simplemente, que Nagel ha caído en la debilidad de dejarse atrapar por las redes de los teístas. Esto no sorprendería ya demasiado después de lo ocurrido recientemente con otro prestigioso ateo: Antony Flew. El problema con Nagel estaría entonces resuelto ya que, en los ámbitos a los que él se dirige, el sólo hecho de proponer el teísmo como alternativa al naturalismo materialista resulta equivalente a una autodescalificación sin paliativos. Richard Lewontin, uno de los exponentes del naturalismo que combate, dice: “estamos forzados por nuestra adherencia *a priori* a las causas materiales a crear un aparato de investigación y un conjunto de conceptos que produzcan explicaciones materiales [...]. Es más, ese materialismo es absoluto porque no podemos permitirnos que Dios ponga un pie en la puerta” (citado en la p. 75).

Pero Nagel es un problema porque no cae en la ingenuidad de plantear primero las dificultades y proponer después soluciones nítidas para resolverlas. Hacerlo así supondría mostrar abiertamente cuáles son sus puntos débiles. Nagel declara sin más que no sabe cómo resolver los problemas que él mismo tiene planteados. Y lo que es peor para sus críticos, sus planteamientos parecen mostrar de una manera bastante convincente la falsa ilusión en la que se vive dentro de un cómodo materialismo desde el que se postula la explicación de todo aquello de lo que tenemos experiencia.

Los temas sobre los que quiere encontrar respuestas son: la existencia de la conciencia; el pensamiento racional humano, por el que nos atrevemos a hablar de verdades; y el hecho de que actuemos en base a una serie de valores que parecen tener contenidos reales y objetivos, y que califican nuestras acciones como buenas o malas. Su discurso somete a prueba las razones del naturalismo materialista en estos tres ámbitos -en el caso de la conciencia no se refiere sólo a la humana-, y defiende que es manifiesta la debilidad -más bien la inverosimilitud- de los presupuestos naturalistas cuando se enfrentan con la tarea de dar cuenta de la aparición, en el curso

de la historia de la evolución, de estos tres ámbitos fenoménicos. Lo mismo ocurre si se trata de ofrecer una explicación constitutiva, en presente, de dichos fenómenos.

Nagel no ofrece una alternativa que cumpla con los requisitos de lo que él mismo considera una verdadera explicación, pero no se contenta solamente con poner contra las cuerdas a los argumentos materialistas, que conoce bien. Lo que sí hace es elaborar un buen menú de respuestas posibles al problema de explicar el surgimiento de la conciencia, la razón y el valor. Entre las opciones del menú están el materialismo naturalista, una finalidad intencional y una teleología no intencional. Nagel rechaza las dos primeras opciones y declara la última como su plato favorito. El problema es que él mismo reconoce que todavía no sabemos cómo cocinar dicho plato con los condimentos intelectuales que tenemos hoy disponibles.

La primera opción no solamente es vista como poco apetitosa, sino que es abiertamente rechazada. Contra ella combate a lo largo de todo el libro por considerarla sencillamente falsa. Se trata para él de un plato que no es racionalmente digerible. La opción intencional, la que según él sustenta los argumentos teístas, tampoco es un plato de su gusto. Tiene no obstante el gesto de honradez de reconocer que su rechazo no es tanto a una cuestión racional sino más bien una opción personal. No parece dispuesto a aceptar la existencia de una mente superior que sea la que, directa o indirectamente, dé respuesta a sus interrogantes. Pero tampoco se muestra beligerante contra esa posibilidad, como sí hacen no pocos materialistas, ni la declara descabellada. No puede encontrar argumentos para rechazarla, aunque considera que tampoco cumple con las condiciones exigibles a una respuesta que pretenda llevar la etiqueta de racionalmente justificada.

La teleología no intencional que presenta como su plato preferido no es obviamente la teleonomía de Monod. Aunque en el texto no hable de ella, es claro que, para Nagel, lo que con esa palabra defiende Monod caería dentro del naturalismo materialista: más de lo mismo. La propuesta de Nagel nos induce a mirar de reojo a Aristóteles. Si no me equivoco, el maestro griego es mencionado en el libro en dos ocasiones en las que no se oculta su simpatía por el personaje. Desde el punto de vista de las ideas,

me parece que la referencia más clara al aristotelismo está en la defensa que Nagel hace de la necesidad de conjugar las leyes de la física de partículas actual, con las supuestas leyes teleológicas que habría que formular. Dicha compatibilidad sería posible, según nuestro autor, sólo si las leyes de la física básica son indeterministas. Esta afirmación recuerda, aunque sea ligeramente, la compatibilidad de las causas material y final del análisis aristotélico. La ventaja de Nagel es la de contar con una teoría cuántica que parece avalar ese indeterminismo.

¿En qué consiste la propuesta teleológica de Nagel? Exponerla supondría enunciar las leyes que deberían explicar cómo hemos llegado hasta donde estamos. Pero esas leyes sencillamente no las conocemos. Y además, como él mismo reconoce al final del libro, quizás no estemos en condiciones de conocerlas nunca. Es este uno de los puntos que me parecen especialmente problemáticos en su discurso. Piensa que la naturaleza es claramente teleológica y que explicar esa teleología es descubrir los patrones que han conducido a los fenómenos conscientes que constatamos. Encontrar esos patrones significaría poder establecer las leyes naturales que rigen la relación de la física con los fenómenos conscientes, y explicar con ellas los procesos que han dado lugar, en el curso de la evolución, a los organismos capaces de ejercer dichos fenómenos. En este punto me parece que nos topamos con una manera reductiva de entender lo que significa dar razón de algo: dar razón es formular las leyes, y para formularlas hay que encontrar los patrones.

En mi opinión Nagel subraya justamente la necesidad de encontrar la forma de trascender las explicaciones al uso de los fenómenos que considera irreductibles a las leyes básicas conocidas. El problema está en si es posible expresar toda la realidad en forma de leyes. Es claro que ésta es la manera en la que las distintas ciencias tratan de hacerse con la realidad. También es claro que Nagel se mueve dentro de este contexto: explicar es encontrar las leyes. El problema es que muchas dimensiones de la realidad no parecen dejarse atrapar por este tipo de método que sí es apropiado para la ciencia.

En este punto Nagel no me parece tan aristotélico. El fin no intencional debería ser “explicado” mediante leyes. Más aún, explicar esa teleología

es precisamente encontrar las leyes que la rigen. Es coherente con esta imposición, que me parece atractiva pero restrictiva, la afirmación de que quizás nunca estemos en condiciones de poder formularlas.

Expresando el problema de otra manera: ¿están todos los fenómenos naturales disponibles para un tipo de racionalidad que se rige por los criterios de científicidad? ¿Es ese tipo de unificación posible? Sería como querer escapar de una habitación cerrada para encontrarse en otra, quizás más grande, pero que sigue estando clausurada.

Para alguien que rechaza a Dios parece que no hay alternativa. En esto Nagel me parece coherente. Si no hay Dios, Logos, la alternativa lógica es la ley: entiendo algo si conozco la ley que me describe lo que pasa. Como dice Hawking, si tenemos una ley de la gravedad, para qué necesitamos a Dios.

Aunque si se sigue hasta el final la teleología que él propugna, aquella en la que no es necesario que una mente superior ponga intenciones e intervenga de algún modo en el curso de los acontecimientos naturales, quizás se llegue a vislumbrar una acción de Dios que no resta protagonismo a la Naturaleza sino que más bien se lo otorga: un Dios que no entra en conflicto con las leyes a las que obedece la Naturaleza. Nagel reconoce que la teleología que él propone es compatible con el teísmo. No puede ser de otra manera. Lo que resulta interesante es comprobar que hay teístas, y los ha habido desde hace siglos que, precisamente por serlo, defienden una teleología como la que Nagel busca. El texto con el que acabo me parece suficientemente explícito y sugerente.

“La naturaleza es, precisamente, el plan de un cierto arte (concretamente, el arte divino), impreso en las cosas, por el cual las cosas mismas se mueven hacia un fin determinado: como si el artífice que fabrica una nave pudiera otorgar a los leños que se moviesen por sí mismos para formar la estructura de la nave” (Tomás de Aquino, *Comentario a la Física de Aristóteles*, liber II, lectio 14, n. 8).

